

Memorias en acero

Como si se tratasen de contemporáneos Menhires, aquellas monumentales formas megalíticas verticales características de las culturas del Neolítico (período de la Prehistoria que se extendió del 7.000 al 4.000 a. C. aproximadamente), los pilares y estructuras metálicas erguidas por el escultor costarricense Edgar Zúñiga (1950) en la plaza Este del Centro para las Artes y la Tecnología "Antigua Aduana", en San José de Costa Rica, provocan en los transeúntes y espectadores una serie de contradictorias emociones: asombro y cercanía; extrañeza y una reconfortante sensación de familiaridad, son tan sólo algunas de las impresiones que sobresaltan al tener contacto con estas piezas.

El conjunto escultórico compuesto por un núcleo de 12 columnas de acero de más de 3 metros de alto, dispuestas en formación de dodecágono (figura geométrica regular de 12 lados y 12 vértices) más seis piezas que rematan y complementan la alineación, fueron acopladas con gran sutileza a la trama urbana, dando la impresión de que emergieron del propio suelo y crecen de modo simbiótico con el entorno. Se trata de un conjunto escultórico que sin ser intrusivo o impropio con el sitio, goza de una importante presencia física dentro del espacio urbano.

Los trabajos que integran la muestra "Columnas y Pensamiento", dejan entrever la madurez y plenitud de la carrera de su creador. El gran nivel de abstracción, la limpieza formal y la simplificación en el diseño, así como la sencillez en la composición, son las características plásticas más sobresalientes de estos trabajos. Fuertes texturas que cautivan la vista y provocan el tacto, además de sugestivas fusiones de materiales antagónicos completan los diseños. Rocas erosionadas de manera natural, cubos de mármol blanco finamente pulidos, junto a maderas que dan la impresión de tratarse de cuñas de desecho producidas por algún proceso industrial, son los materiales que acompañan a las estructuras de acero con pátina de herrumbre. Estos contrastes de texturas tanto visuales como táctiles permiten fértiles interpretaciones conceptuales, dotando a las obras de una gran cantidad de intertextos con fuertes connotaciones metafóricas.

Los trabajos en exhibición, guardan cierta cercanía con las primigenias prácticas humanas de concebir la escultura, en donde la forma estaba supeditada a los primordiales valores de uso y significado. Ahora bien, en una era en donde la estética es uno de los valores fundamentales, las formas elegidas por Zúñiga para transmitir sus ideas y comunicar su visión de mundo, evidencian una limpieza formal, sólo posible gracias a la maestría y dominio del oficio alcanzado en su quehacer creativo. La abstracción se complementa con un profundo desarrollo de los conceptos que dotan de sentido a las esculturas.

Mirar la formación de pilares a distancia, contradictoriamente nos da la impresión de poseer una proximidad con la escala humana, pero conforme nos acercamos, las erguidas piezas metálicas adquieren dimensiones colosales, haciendo experimentar a los espectadores una conciencia de pequeñez, percibiendo de maneras no habituales los conceptos de escala y espacio, no sólo físicos, sino también existenciales. Esta experiencia provoca la necesidad de

detenimiento, observación y reflexión. Es así, como la plaza ya no es sólo una ruta de paso y un espacio para el tránsito, sino que, por el contrario, con la presencia de los erectos aceros, la explanada se convirtió en un lugar capaz de propiciar experiencias antropológicas profundas.

En esta instalación, el espectador participa como cómplice, como energía activa de una experiencia plástica de fuerte acento emotivo. El público, además de experimentar un goce estético, es pieza clave y fundamental en la construcción de sentido, es quien en última instancia completa la obra. El artista busca estimularnos a reflexionar de manera crítica sobre la actualidad de la condición humana, pero ante todo, nos invita a dejarnos impresionar de manera sensible, con una serie de elementos simbólicos, que constituyen alusiones de la vigencia y contemporaneidad en nuestro tiempo, de manifestaciones de la cultura humana más ancestral.

Símbolos, ideogramas, marcas, conceptos y formas, tomados de múltiples y diversas civilizaciones, son las que el autor analiza, reinterpreta y hace suyas para declarar que la esencia de la complejidad alcanzada en los sistemas de comunicación tecnológica, sigue siendo un acto simple y elemental.

El tiempo como concepto y su efecto en las culturas, es trascendental en la lectura de estos trabajos. El simbolismo utilizado pone en vigencia conceptos que considerábamos superados o en desuso, y son identificados como aquellos que hoy dan sentidos a nuestra inmediatez histórica.

En la obra “Nuestro clima”, el volumen compacto de la columna se rompe en una especie de estallido, dando la apariencia de que el rígido y fuerte metal, cediera sumisa y estrepitosamente ante una energía interna que buscaba su liberación, sin embargo, esta fuerza también está contenida o congelada, ya que las piezas o fragmentos de la explosión indican direcciones disgregadas pero no se desprenden unas de otras, ni del centro al que están ligadas, por el contrario, emiten un efecto inverso de implosión.

El concepto desarrollado sobre el clima tropical gira en torno a la idea de un desorden controlado, en donde la naturaleza se hace visible por medio de opuestos en un equilibrio de energías extremas (agua y ausencia de esta, sol y luna). Formalmente el centro se expresa mediante la ruptura de la verticalidad justamente a la mitad de la columna, como una especie de espejo del ordenamiento geográfico del mundo. La acción humana está presente como caos, gracias a los violentos y bruscos cambios producto del descuido de la civilización sobre el medio ambiente.

En “Tensión en el vientre” la idea de movimiento y ternura se expresan gracias a la torsión y sinuosidad lograda en la obra, que sin abandonar la estructura molecular del material, el rígido metal se dobla y curva en un gesto de docilidad y plasticidad, como si hubiese sido afectado o sometido a una fuente calor. La obra se ensimisma, vuelve su atención a sus entrañas, pero también busca alcanzar un más allá fuera de sí misma, un todo convulso sin perder el equilibrio. La obra es capaz de esbozar conceptualmente las noblezas del propio material constitutivo, como son la dureza y tenacidad, así como la maleabilidad y ductilidad. Esta última es la que de alguna manera permite que el metal se retuerza casi hasta

anudarse sin perder su apariencia tosca. Esta aparente contradicción, es aprovechada por el creador para de manera metafórica demostrar las virtudes humanas de fragilidad y fortaleza.

Zúñiga nos pone a disposición un grupo de llaves que se ajustan a la perfección y permiten la apertura de las más complejas cerraduras de nuestra memoria cultural más profunda. Piezas escultóricas con las cuales saberse individuo único y al mismo tiempo asumirse parte de un colectivo; es un estar pero también un saberse. Se trata de establecer conexión energética con un todo cultural humano a lo largo de los tiempos; es la mezcla de nuestra memoria profunda y la más inmediata, en una sola experiencia.

Lo que en apariencia podría interpretarse como una contrariedad conceptual se explica mediante el arte: se trata de un acto poético. El arquitecto costarricense Roberto Villalobos en el 2008 se refería a las columnas de Zúñiga como estructuras que habían perdido su vocación original meramente arquitectónica, para volverse pura metáfora; se trata ahora, de columnas que sirven para sostener el cielo.

Esteban Calvo Campos

Historiador del arte y curador

Registrador del Museo de Arte Costarricense

Febrero 2011